

bien de rebajar, pues hacen lo que pueden; pero que acostumbrados á volar á grandes alturas no pueden cortar las alas á su imaginación, hasta el punto de ponerse al alcance de las inteligencias limitadas y atrasadas del vulgo ignorante. El pueblo bajo, como suele decirse, y lo digo sin agravio en la palabra *bajo*, corría presuroso á los sermones del Sr. Claret, porque le entendía, porque le hablaba al corazón, porque le movía extraordinariamente.

„En una de las Misiones que dió en San Isidro durante una Cuaresma, estaba en la calle de Toledo un matón esperando á uno á quien debía asesinar. Su plan era darle una puñalada mortal frente á San Isidro, y metiéndose en seguida por una de las obscuras y tortuosas callejuelas que hay enfrente, escapar rápidamente de los perseguidores y de la acción de la justicia. No era aquel su primer asesinato. Tardaba la víctima, y desconfiado ya del lance, ocurrióle entrar en San Isidro, donde veía entrar muchos hombres y ninguna mujer, pues la Misión era para los primeros. Al día siguiente por la mañana el asesino estaba á los pies del Sr. Claret, el cual hubo de prepararle para una confesión general de toda su vida. Apenas se acordaba de su primera confesión, y hacía veinte años que no cumplía con la parroquia. Eran tantos centenares y aun millares de casos los que le ocurrían en las Misiones de hacer conversiones por el estilo, que para él era eso la cosa más sencilla.

„Mas no era esto solamente porque el vulgo le entendiese y hablaba á la medida de su capacidad. Había una razón especial para que su palabra fuese eficazísima, aun entre los literatos y personas muy ilustradas, y es ese fervor santo, hijo de la convicción, de la caridad, de la sencillez, de la integridad de una conciencia pura y verdaderamente católica, que designamos con el nombre técnico de *unción evangélica*. Yo puedo asegurar que no he oído á ningún orador sagrado que tuviese esta especialidad como el Sr. Claret. Al que no sepa prácticamente lo que es la unción evangélica, no sirve definirla, porque no entenderá la definición: es una de esas cosas que se sienten más que se explican. El profesor de Retórica la analiza en su cátedra, la describe y llega á dar las reglas para ella; pero cuando se pone á hacerlo se hincha á su manera y se ve que no lo sabe hacer. El Sr. Claret, por el contrario, lo

hacía sin pensar, sin discurrir, sin presumir siquiera que lo hacía.

„Referiame un día acerca de esto la Superiora de las Hermanas de la Caridad del Colegio de San Alfonso, que habiendo bajado una tarde allá el Sr. Claret, les predicó por espacio de cerca de una hora. Chocóle mucho á la Superiora el ver llorar á una religiosa recién venida de Francia y que apenas sabía una palabra de castellano, y no solamente llorar, sino mucho y con gran ternura. Preguntóle si había entendido algo; pero se quedó sorprendida al decirle su paisana: “No he podido entender apenas una palabra de lo que decía ese Obispo español; pero con todo, se me figuraba que lo entendía y me inspiraba gran ternura y compunción.”

4. El 7 de Noviembre de 1858 escribía el Siervo de Dios: “En ésta estamos trabajando día y noche en el sagrado ministerio, que es mi único elemento;”: expresión exactísima que se verá clara por el siguiente hecho, que refiere el ilustrísimo Sr. Obispo de Ávila. “Á invitación,—dice,—de S. M. la Reina, de quien era confesor, ofició S. E. I. de pontifical en la Real Capilla de Palacio el día 7 de Diciembre de 1858, al celebrar su gran fiesta de los Mantos la Real y distinguida Orden de Carlos III en honor de su patrona la Inmaculada Concepción de la Virgen María Nuestra Señora. La Misa pontifical en Palacio terminó muy tarde. Cerca del anochecer le vimos en la sacristía tomar un sorbo de agua clara y partir como un rayo á la iglesia pontificia de Italianos, donde predicó hora y media sin fatigarse en la novena de la Purísima Concepción; sentóse inmediatamente en el confesonario, oyó confesiones de hombres hasta las doce de la noche. Á esta hora, por privilegio, celebró otra vez Misa solemne pontifical, y terminada á la una y media volvió á ocupar su confesonario, sin tomar ni aun agua ni moverse del sitio hasta las diez de la mañana siguiente, que terminó sus confesiones, y alegre y contento subía á su humilde cuarto en el piso más alto de dicho Hospital de Italianos; yo me permití preguntarle si estaba cansado después de tantas horas de trabajo, sin sueño ni alimento, pues yo le había seguido sin perderle de vista. Su respuesta me edificó, y jamás la olvidaré. *Mira, mira, hijo; nunca me preguntes si estoy cansado, porque es lo que más siento; servir á Dios y á las almas es vivir y reinar.* ¡Cuántas veces he recordado y refe-

ruido este episodio en mis humildes tareas sacerdotales! ¡Cuánto me ha servido después en las penosas jornadas episcopales! (1).» Con razón podía escribir el Siervo de Dios el 10 de Marzo del año siguiente: «Me tienen ocupadísimo, de manera que no me dejan respirar.» Mas esta baraúnda de negocios en que estaba metido, y que para muchos hubiera sido un motivo de resfriamiento en el fervor y en los deseos de la perfección, era para el Arzobispo como pedazos de leña seca que se echaban en el horno de su encendido pecho y le inflamaban más y más en el divino amor.

Del 3 al 13 de Febrero de 1859 dió ejercicios espirituales á los hombres en la Real iglesia de San Isidro, con una concurrencia que no podía ser mayor y con un resultado brillantísimo. El último día el Emmo. Cardenal de Toledo y dos sacerdotes á ambos lados del presbiterio estuvieron dando la comunión en el altar mayor desde las nueve hasta las diez de la mañana, y pasaron de dos mil las formas entonces distribuidas; mas como aun así no habían podido satisfacer á los muchísimos que deseaban acercarse á la sagrada Mesa y no lo habían podido verificar en aquel espacio de tiempo, después de la función un eclesiástico siguió aún mucho rato dando la comunión á los que llegaban más tarde. Por la noche se hizo la conclusión de los santos ejercicios, en los cuales el santo Arzobispo desplegó todo su fervor religioso, haciendo derramar repetidas veces copiosísimas lágrimas al numeroso auditorio, que desde muy temprano llenaba aquel espacioso templo.

Casi á continuación empezó los ejercicios espirituales para mujeres, acerca de los cuales baste decir que el último día, que fué el 1.º de Marzo, fué tan grande el número de las que asistieron á recibir la comunión de manos del P. Claret, que este acto duró desde las ocho hasta las doce de la mañana.

Luego empezó en la misma iglesia de San Isidro una Misión al pueblo, que coincidió con los días del Carnaval y en las horas que más incentivo hay para el pecado. El consolador espectáculo que entonces presencié Madrid no se ha visto más, ni hay trazas de que se repita en muchos años. He aquí lo que

(1) Excmo. Sr. D. Pedro Sánchez Carrascosa, Obispo que fué de Ávila; carta del 25 de Octubre de 1880.

sobre este asunto escribía D. Cándido Ojero de la Cruz, hermano de D. Enrique, en una de las revistas más ilustradas de Madrid: «El venerable Arzobispo Sr. Claret ha llamado en nombre de Dios á los hijos de Dios á la confesión y al arrepentimiento, y á millares hombres y mujeres han acudido á los pies de un confesor á oír estas inestimables y consoladoras palabras de Jesús: «Tus pecados te son perdonados; vete en paz y no vuelvas á pecar.» Como insigne triunfo de la razón católica sobre las falaces teorías predicadas á nuestro pueblo, debemos consignar aquí con cuánta devoción, con qué avidez y ansia ha sido escuchado el célebre Misionero español cuando explicaba la santa doctrina con la oratoria penetrante, convincente y caritativa que le es propia. Caritativa hemos dicho, porque su predicación hiere de tal manera el alma y se fija tanto en el entendimiento de sus oyentes, que ninguno duda de la verdad, y del celo, y del ardiente deseo de la salvación de las almas con que habla el insigne Prelado. «Amad á Dios,» —nos decía con un entusiasmo indescriptible y un acierto incalculable,—y seréis superabundantemente correspondidos...» Santos son los esfuerzos que hace el ilustre Arzobispo por atraer á la suave y benéfica ley de Jesucristo á los madrileños, y Dios recompensa como acostumbra los trabajos de su Apóstol. Durante el Carnaval, y en las horas en que más incentivo hay para la diversión, y por consiguiente para el pecado, el dichoso Misionero habrá visto con júbilo que la iglesia de San Isidro, la mayor de Madrid, no podía contener las gentes de todas las clases y condiciones que iban á oír sus consoladoras palabras. Siga la obra tan dichosamente comenzada, y recibamos con humildad y deseos de provecho sus saludables consejos y sus incontestables máximas (1).»

En el año 1862 dió ejercicios espirituales á 4.000 señoras entre las que había muchas de la más alta nobleza, y no hubo más porque ninguna iglesia de Madrid era capaz para contener decorosamente mayor número de personas. En dichos ejercicios, así como en los innumerables sermones que predicó en Madrid, las iglesias estaban llenas de bote en bote, como cuando predicaba en Cataluña; pero con la singularidad de que los madrileños no iban atraídos del lenguaje que salía de sus

(1) *La Razón Católica*, Marzo de 1859.

labios, sino por el olor de santidad, por el celo, fervor y espíritu con que predicaba (1).

El 16 de Marzo de este mismo año dió la primera comunión á la Infanta Doña Isabel, á la que había dispuesto de antemano con algunos días de ejercicios espirituales. De este importante acto daba cuenta *La Revista Católica* en los siguientes términos: "La Infanta Doña Isabel, que el 16 de Marzo, con una humildad cristiana de que sólo la corte de España ofrece tan perfectos ejemplos, se dignó servir el desayuno á las pobres niñas acogidas en la Casa de Misericordia de Santa Isabel, recibió como aquéllas la primera comunión de manos del Sr. Arzobispo, confesor de S. M. la Reina, la que asimismo acompañó á su augusta hija á recibir el sagrado Pan de la Eucaristía. La ceremonia se verificó á las siete de la mañana en el oratorio particular de la Cámara regia, con asistencia de los jefes de Palacio y de todas las personas del cuarto de su Real Alteza. La Infanta vestía de color con mantilla blanca. S. M. la Reina solemnizó este suceso como de costumbre, asociando á él á las clases menesterosas por medio de cuantiosas limosnas."

En el primer día del año anterior, por deferencia al director de *La Esperanza*, recibió la profesión religiosa que hizo en las Salesas la virtuosa hija de dicho señor, Doña Emilia de la Hoz y Liniers, y en ese mismo año presidió, junto con el Nuncio y el Patriarca de las Indias, el duelo en los funerales del Ilmo. Sr. Obispo de Osma. En las primeras semanas de la Cuaresma de este año predicó con el concurso y fruto de siempre las Misiones de la Hermandad de los Servitas. En 1863 dió siete tandas de ejercicios espirituales en esta forma: dos al pueblo, primero á los hombres y después á las mujeres; una en El Escorial á los sacerdotes y seminaristas, y cuatro á diferentes Comunidades religiosas. El 8 de Noviembre á las Hermanas de la Caridad del Carmen y á las niñas acogidas en su benéfico Establecimiento; el 26 del mismo mes á las Adoradoras, y el 11 de Diciembre á las religiosas Escolapias. Predicó también tres Misiones: una durante la novena de San José, dos en San Andrés y en la iglesia de las Salesas. "El fruto, — añade D. Carmelo Sala, de quien son las anteriores

(1) D. Ignacio Martí, oficio de Marzo de 1880.

noticias, — tanto de las Misiones como de los ejercicios, por la misericordia de Dios ha sido abundante; pues muchos extraviados en sus ideas ó corrompidos en sus costumbres han vuelto al camino de la verdad y del bien. Además, ha predicado algunos triduos y una multitud de sermones sueltos, ya en los Colegios, ya á Comunidades religiosas, ya también en las cárceles, hospitales y Casas de beneficencia. Ordinariamente, la salida por la tarde, cuando las muchas atenciones que ocupan el tiempo á S. E. se lo permiten, es casi siempre á uno ú otro de los puntos indicados para anunciar la divina palabra, de la que es infatigable pregonero. La mañana la tiene destinada para oír confesiones, en su mayor parte generales, invirtiendo todos los días cuatro ó cinco horas en tan penosa tarea. Las jornadas de Aranjuez y La Granja, que podían servirle á S. E. de descanso, las consagra á escribir; por manera que la mayor parte de las obritas publicadas en Madrid han sido escritas en ese tiempo. En medio de tantos trabajos y de otros muchos asuntos complicados y penosos, que no le dejan un momento de reposo, el Señor le conserva en buen estado su salud y fuerzas (1)."

En la Misión que en la Cuaresma del año siguiente, 1864, dió en la iglesia de San Andrés, fué el fruto tan copioso que cumplieron con la iglesia 4.000 personas más que en los años anteriores. Se confesaron hombres que, según voz pública, hacía cuarenta años que no lo habían hecho, y mujeres que en treinta años no lo habían verificado.

6. Por este tiempo fué cuando comenzó á retraerse más y más de las funciones públicas, en que tomaba mucha parte la vanidad de los que las organizaban, y á frecuentar con asiduidad, cada vez creciente, sus visitas á los hospitales, establecimientos de beneficencia y á todos los puntos donde la necesidad era más urgente y el provecho mayor y más seguro. Por esto desde entonces apenas se le ve figurar en los carteles de novenarios, triduos y otras predicaciones, que tienen mucho de relumbrón; mas no por esto fué menos fructuoso su ministerio, antes por el contrario, el número de penitentes que acudían á sus pies para confesar sus culpas, compungidos, creció de una manera extraordinaria, hasta el punto de que

(1) Carta del 23 de Marzo de 1864.

hubo días que pasó doce horas en el confesonario, seis por la mañana y otras tantas por la tarde.

Ya desde los principios de su permanencia en Madrid, conocedor de la benéfica institución de la Hermandad de la Doctrina cristiana, solicitó entrar en ella como auxiliar de esta Congregación, y fué recibido, como era de suponer, con mucho gusto del Director general y de todos los Hermanos; su nombre consta en el núm. 194 del registro en esta forma: "Hermano auxiliar, el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio María Claret, Arzobispo de Trajanópolis y confesor de S. M. la Reina Doña Isabel II." "Su celo incansable,—escribe D. Enrique Ojero de la Cruz,—su palabra arrebatadora, su aire de humildad daba lugar á que nuestro Director le encargase predicar en las cárceles y hospitales de mujeres de mala vida y de hombres de malas costumbres, y en todas partes las conversiones eran muchas y eficaces, por los resultados que presenciaban los Hermanos y Hermanas en los presos, presas, enfermos y enfermas que adoptaban una vida religiosa. Era el primero en oír confesiones en los establecimientos citados, dando ejemplos de humildad á los Hermanos sacerdotes y á los Hermanos seglares (1)."

7. Apenas se concibe cómo podía hallar tanto tiempo para emplearse en el ministerio sagrado, teniendo tantas otras ocupaciones gravísimas, cada una de las cuales bastaba á consumir la vida de un hombre. Téngase presente que desde el 1859 al 1868 desempeñaba á la vez la Presidencia de El Escorial y el Protectorado de Montserrat, que la correspondencia diaria para responder á las innumerables consultas que de todas partes le dirigían ascendía por término medio á unas cien cartas diarias, que se le veía con frecuencia presidiendo las academias de San Miguel, las conferencias de San Vicente de Paúl, las escuelas dominicales y las funciones de la Sociedad catequística, y que predicaba en muchas partes y daba ejercicios á Congregaciones piadosas, y, no obstante, aún tuvo tiempo para escribir en aquellos años una infinidad de libros, opúsculos y hojas volantes que esparció en abundancia en España y en las más apartadas regiones de la América. Y no se crea que en la dirección de las obras que estaban á su cuidado se valiese úni-

(1) Carta del 18 de Agosto de 1880, al Rdo. P. Jaime Clotet.

camente de sus subordinados, porque él quería que se le diese cuenta de todo, se enteraba de los más ligeros pormenores, daba su parecer y ordenaba lo que convenía, y visitaba y examinaba con frecuencia las obras que tanto en El Escorial como en Montserrat se llevaban á cabo. En lo único que al fin tuvo que ceder algún tanto fué en la correspondencia, pues como le era materialmente imposible leer todas las cartas que le enviaban y responder á ellas, hubo de limitarse á abrir sólo algunas especiales, encargando las otras á su capellán, quien, no obstante, debía enterarle sumariamente de lo principal de lo que en ellas hubiese para decirle lo que había que contestar y hacerlo de su puño si el asunto ó la persona lo merecía, por lo que, aun así, no podía menos de llevarle mucho tiempo. Lo que menos le ocupaba era el Palacio, adonde no iba más que una vez cada semana en el día señalado para cumplir su ministerio, que solía ser el lunes, y cuando se le llamaba expresamente para algún acto extraordinario. En estas ocasiones la Reina acostumbraba á enviarle un coche de las Reales caballerizas: de otra suerte iba á pie, como lo verificaba siempre, tanto en invierno como en verano, para sus diligencias particulares. La misma Reina dijo varias veces que no le invitaba con más frecuencia á las funciones de Palacio por saber lo mucho que en ello le mortificaba. No pudo excusarse de asistir, entre otros, al convite con que en la noche del 6 de Mayo obsequió Isabel II en Aranjuez á los Generales que habían hecho la gloriosa campaña de África. Alguna vez pudo conseguir de la Reina que le dejara en Madrid, donde hallaba más vasto campo á su celo, mientras ella permanecía en el Real Sitio de Aranjuez, como acaeció en ese mismo año, bien que hubo de pasar allí algunos días, como con graciosa naturalidad lo escribía su paje Ignacio Betriu á una hermana suya, religiosa, con fecha 7 de Mayo de 1860: "Vengo,—dice,—á concluir la carta en este Sitio Real de Aranjuez; hace unos tres días que estamos aquí con la Real Familia, y dentro de tres ó cuatro pensamos volver á Madrid con los Reyes, que irán para presenciar la entrada de las tropas que han venido de África. Los Reyes se volverán á este Sitio, pero nosotros nos quedaremos en Madrid, porque al Sr. Arzobispo no le gusta perder tiempo, aunque en todas partes lo aprovecha; pero en Madrid trabaja mucho, mucho. Estos cuantos días que estamos aquí es porque ayer pusie-

ron la vacuna á la infantita más chica, y como la Reina tiene tanta confianza con el Sr. Arzobispo, quiere que esté en estos casos, porque si él está dice que siempre sale bien todo (1).„

Tampoco pudo prescindir algunas veces de tomar parte en ciertas funciones públicas extraordinarias, lo cual acrecía la dificultad de atender con la prudencia debida á tantas, tan graves y variadas ocupaciones, capaces de trastornar la cabeza mejor asentada y de enflaquecer la constitución más robusta. Esto no obstante, el P. Claret no padeció quebranto en su salud ni disminución de sus fuerzas hasta el año 1865, al fin del cual comenzaron á molestarle algunos achaques crónicos que, sin embargo, no le impidieron seguir trabajando, como se verá, con los mismos bríos y felices resultados que antes.

Como conclusión de este capítulo, referiré un hecho que prueba que el Señor, á las veces, comunicaba á su lenguaje cierto aire profético que hería vivamente los corazones. Predicando un día en el Noviciado que las Hermanas de la Caridad tienen en Madrid, y hablando á las presentes de la excelencia de su vocación, les dijo que la Hermana que abandonara su estado no tendría paz en toda su vida ni en la hora de la muerte. "He tranquilizado,—añadió,—á muchas almas; pero nunca he podido calmar las inquietudes de una Hija de la Caridad que ha abandonado su vocación.„ Luego mudó de voz, y con aire terrible pronunció estas proféticas palabras: "Ahora mismo hay entre las que me escuchan una que piensa salirse de la Congregación, y yo le digo de parte de Dios que, si se sale, se condenará.„ Á los pocos días salía, en efecto, del Instituto una Hermana, con gran espanto de sus compañeras, las cuales, todas unánimemente, creyeron que el P. Claret había ido expresamente á predicarles para dar de parte de Dios aquel terrible aviso á la Hermana tentada, pues había ido á dirigirles la palabra en un día desacostumbrado y en circunstancias que llamó la atención de las Hijas de San Vicente (2).

(1) Carta de Ignacio Betriu, 7 de Mayo de 1860.

(2) Carta de Sor Carmen Piera, testigo presencial del suceso.



## CAPÍTULO VI

### DE LOS TRABAJOS APOSTÓLICOS DEL PADRE CLARET EN SUS VIAJES CON LA REINA HASTA EL AÑO 1866

1. Providencia de Dios en los viajes de Isabel II. — Contrastes. — 2. Viaje á Castilla, León, Asturias y Galicia, y prédicaciones del Siervo de Dios durante él. — 3. Cómo veraneaba en La Granja. — 4. Viaje en 1860 á las Islas Baleares y á Cataluña. — Predicación en Burgos. — 5. Viaje á Andalucía. — Estado moral de Andalucía. — Celo apostólico del Siervo de Dios en este viaje. — Episodios en Cádiz. — Término del viaje.

1. Parece que el Señor había predestinado verdaderamente al P. Claret para ser el Apóstol de España en este siglo. Por esto sin duda, sacándole de la obscuridad á que le condenaba su humilde nacimiento, le puso en la corte de España al lado de la Reina, desde donde debía necesariamente llamar la atención por el extraño contraste que á los ojos del mundo presentaba el suave perfume de modestia, humildad y recogimiento que esparcía en torno suyo, con las pompas y vanidades de la grandeza humana, y más aún con la corrupción de algunos cortesanos y de no pocos que estaban revestidos con las primeras dignidades del Gobierno. Cabalmente con la exaltación del P. Claret al levantado puesto de confesor de la Reina de España coincidieron aquellos famosos viajes veraniegos de Isabel II, que tanto dieron que hablar á los políticos y no políticos, y que el Señor, en su alta Providencia, por más que los hombres intentaran aprovecharlos para sus torcidos fines, ordenó principalmente á hacer á España entera, como postrer reclamo de su misericordia, un llamamiento extraordinario á la penitencia y á la virtud por la voz poderosa del santo Prelado que en Madrid había despertado tantas conciencias del profundo letargo de sus vicios. El espectáculo que, merced á la elocuente palabra del